



Baldomero Sanín Cano, en sus 150 años

Juan Leonel Giraldo S.*

Rubén Darío Hurtado V.**

Breve semblanza

Es uno de los pocos y grandes intelectuales autodidactas de Colombia. Baldomero Sanín Cano nació el 27 de junio de 1861, en Rionegro (Antioquia), y murió en Bogotá, en 1957. Quedó huérfano de padre a los cinco años. Inició estudios bajo la tutela de sus tías maestras. En 1875 se graduó como normalista en su pueblo natal y en 1880 es nombrado director de la Escuela Normal de Titiribí.

Con apenas su grado de maestro de escuela, transitó su vida entre el periodismo, el ejercicio y la reflexión educativas, las clases y las traducciones de idiomas, la fundación y la dirección de periódicos, la participación en cargos públicos y los círculos académicos —nacionales e internacionales—, en los cuales se desempeñó con especial solvencia, tanto en filosofía como en política y en filología como en literatura.

La primera experiencia que inauguró su vacilación frente a su ejercicio de maestro fue su inconformidad por el traslado inesperado de Titiribí a la ciudad de Medellín, expresando su decaimiento y desánimo porque, en su estadía de cinco años en este municipio, había logrado construir una interrelación entre la escuela y la familia, donde las fronteras entre una y otra eran prácticamente imperceptibles, mientras presentía que su trabajo en la ciudad se tornaría distante e infecundo.

* Profesor titular Facultad de Educación, Universidad de Antioquia.

** Profesor titular Facultad de Educación, Universidad de Antioquia.

Su malestar precipitó la decisión de abandonar la enseñanza. Viajó a Bogotá en el año 1885, a la edad de 24 años, donde se dedicó, por algún tiempo, a dictar clases particulares, a hacer traducciones, dar lecciones de idiomas, preparar estudiantes, y en especial al periodismo. Allí fundó el diario *La Sanción*, del cual solo se editó el primer número.

El escritor Pedro Salinas nos describe, en pocas palabras, la pasión de Baldomero por las lenguas y su compromiso por comprender a los grandes de su tiempo:

Aprende inglés, italiano, francés; latín, en Londres, a los cuarenta y ocho años, y danés, sólo para leer a Brandes, a los cincuenta y cuatro (Salinas, citado por Cobo, 1989: xi).

Para formarnos una idea del volumen de la producción escrita de Sanín Cano, basta con expresar, de manera escueta pero subrayada, que solo entre 1925 y 1957 produjo diez libros y miles de páginas en donde aborda, de manera comprometida, la obra de autores que, desde diversos campos y especialidades, hicieron presencia y tuvieron resonancia universal, como Friedrich Nietzsche, Francisco de Goya, Giosué Carducci, Ferdinand Lasalle, Ramón María del Valle-Inclán, Filippo Tommaso Marinetti, Miguel de Cervantes Saavedra, Charles Chaplin, Guillermo Enrique Hudson, José Enrique Rodó, Eugenio O' Nill, Samuel Butler, Johann Wolfgang von Goethe, William Wordsworth, John Ruskin, José Carlos Mariátegui, André Paul Guillaume Gide, T. S. Eliot, Christopher Isherwood, Germán Arciniegas y Miguel Antonio Caro, entre otros.

Siempre estuvo inmerso en los principales movimientos culturales, políticos y académicos de su época. Por ello fue visible su presencia en múltiples debates, donde se definía el rumbo del país o el devenir de algún movimiento cultural o reforma académica, y también por ello fue un conocedor y crítico de los políticos e inte-

lectuales más representativos de su generación, como es el caso de Juan de Dios Uribe, Marcelino Menéndez y Pelayo, Jorge Isaac, José Asunción Silva, Enrique José Verona, Eduardo Castillo, Rafael Pombo, Tomás Rueda Vargas, Miguel Antonio Caro, Leopoldo Lugones, Hipólito Taine, Jorge Brandes, Bernard Shaw, Guillermo León Valencia, Santiago Pérez T., Rufino J. Cuervo, Marco Fidel Suárez, Antonio J. Restrepo, etc.

En medio de su intensa vida cultural y académica, Baldomero también tuvo la oportunidad de desempeñarse en cargos públicos. Por ejemplo, hizo parte del gabinete del general Rafael Reyes, en 1905, donde se encargó de la Secretaría de Hacienda, y luego fue representante de Colombia ante la junta directiva de una compañía inglesa explotadora de esmeraldas, con la cual el Gobierno había celebrado contrato.

Se estableció en Londres a inicios de 1909, pero al poco tiempo cayó Reyes y comenzó su largo exilio europeo, que duró hasta 1922, cuando para sobrevivir volvió a ejercer la docencia, como profesor particular de español.

En 1918 y por 18 meses ejerció el cargo de profesor de lengua y literatura española en la Universidad de Edimburgo y allí, en Inglaterra, tradujo libros sobre literatura española, compiló antologías de escritores hispanoamericanos y preparó un diccionario bilingüe, español-inglés (prólogo de Juan Cobo Borda, en: Sanín, 1989: xxvii).

No es posible terminar su semblanza sin subrayar que si bien Baldomero declinó, en reiteradas ocasiones, ante su oficio de maestro, nunca dejó de pensar la educación, y si lo hizo, fue precisamente porque comprendía el vastísimo significado del lugar y la función social que, desde este rol, se ha de cumplir. Prueba de ello es que siempre rondó por estas lides: maestro de escuela, profesor particular, profesor en la

Universidad de Edimburgo, profesor en la Universidad Externado de Colombia, rector de la Universidad del Cauca, *Honoris causa* de la Universidad de Antioquia y de la Universidad del Cauca, y cuando la muerte lo encontró, a los 97 años, era rector de la Universidad de América.

Con relación a su vena educadora, dijo de él Otto Morales Benítez:

Un tema obsesivo para él fue la educación. Tenía tradición de pedagogo. Su formación era producto directo que le entregó la primera normal que se fundó, por el radicalismo liberal en 1870, en Rionegro [...] (Morales, 2002).

Para Sanín Cano, educar fue una obsesión e insistía con beligerancia: “No se olvide que una niñez desvinculada de la educación está naturalmente desvinculada de la patria” (Sanín, citado por Giraldo y Hurtado, 2007: 19-20).

Baldomero y la educación

La vasta obra de Baldomero Sanín Cano es, en esencia, el testimonio de un hombre cuya presencia reflexiva, en los diferentes escenarios, era garantía de una actitud crítica y de un pensamiento abierto en diversas direcciones.

En sus textos se cuestionaba por entero y de manera puntillosa. Sobre todo en educación señaló, a los maestros, lo que posiblemente perdemos si no interrogamos nuestra práctica educadora, subrayando que esa capacidad de problematización se constituye en el ingrediente fundamental del ejercicio magisterial.

Es imperativo reconocer que sus aportes a la educación fueron y pueden ser un deshielo o un destello que alumbre esperanzadoras salidas a los vacíos y las crisis que, en su devenir, se han acumulado.

De sus escritos extractamos lo que consideramos las lecciones mayores para la educación. De manera escueta, las condensamos así: el valor de la disciplina y el valor de la educación.

El maestro Sanín reconoció, muy temprano, que la disciplina ha de ser la directriz principal de la existencia humana, dado que en ella se revela el compromiso que cada quien tiene con su propia construcción y, a la vez, se evidencia la experiencia subjetiva de la libertad, en tanto habla de la autorregulación que cada uno ejerce sobre sí mismo.

Sus referencias a este valor son múltiples y en relieve, porque la disciplina fue una de sus mayores preocupaciones, insistiendo en que la falta de ésta se constituye en una preocupante causa del desorden social y es, a la vez, la hija mayor de la corrupción, es decir, se constituye en el virus de esta mortal enfermedad. Así lo expresa: “La falta de disciplina es la enfermedad del organismo social, comparable en muchos de sus aspectos, al cáncer de los organismos individuales” (Sanín, citado por Giraldo y Hurtado, 2007: 27).

La estrecha relación entre falta de disciplina y corrupción que el maestro Sanín pone de manifiesto actualiza, para nosotros, una sensible problemática social, consistente en la obtención de títulos profesionales por vías rápidas, con triunfos personales, sin respaldo académico, donde lo importante es ganar y no propiamente aprender, buscar el logro sin vivir el proceso, alcanzar la meta pero sin hacer el camino. De esta manera expresa su preocupación:

En las instituciones de alta enseñanza se persigue un título por medio de procedimientos que anquilosan el carácter y destruyen las capacidades de concentrar la atención. Se obtienen títulos pero no se obtienen de ellos ni la educación de la voluntad, ni la dis-

ciplina de la atención, ni la capacidad de observar la vida universal y la de los individuos (Sanín, 2002: 245).

Este llamado sobre la disciplina resuena hoy como una de las cruciales inquietudes para lo que ha de ser la formación humana. El maestro Philippe Meirieu lo expresa de manera frontal en el subtítulo de uno de sus recomendados libros: “La disciplina que se enseña y la disciplina que hay que mantener son una misma y única cuestión, y cualquier intento de separarlas es en vano” (2010: 81).

Si bien Sanín Cano nos habló tan decididamente de la disciplina, lo hizo para subrayar, al igual que lo hace el maestro Meirieu, el valor que alcanza la educación cuando es acompañada por aquella. Fue desde allí que el maestro Sanín pensó la educación, con optimismo razonable, y de manera visionaria propuso salidas constructivas con relación a las dificultades que, desde lo personal y lo comunitario, hay que sortear.

Su obsesión por la educación le comprometió su existencia cada que volvía, intermitentemente, a las aulas a ejercer como maestro, porque, aunque no le emocionaba mucho el ejercicio magisterial, sí comprendía el valor de la experiencia y el tamaño de la responsabilidad que implica la profesión. Sobre todo cuando resulta difícil abandonar totalmente lo que por primera vez se vivió con tanta pasión e involucró la vida entera. Por ello sus palabras siempre fueron significativas lecciones, de especial resonancia para la educación y los maestros:

Es mediante la educación que se previenen los más sentidos males de una nación, como el subdesarrollo, la corrupción, la violencia y el desempleo (Sanín, citado por Giraldo y Hurtado, 2007: 49).

Y señaló siempre la obligación del Gobierno con la educación, reiterando que la ignorancia del pueblo es más responsabilidad del Estado, que del pueblo que la padece:

Los gobiernos carecen de justificación en su indiferencia. Por más pobre que sea un estado ha de tener siempre rentas para educar al pueblo (Sanín, citado por Giraldo y Hurtado, 2007: 57).

Es suficiente con acudir a breves líneas del maestro Sanín para comprender el valor que le reconocía a la educación como arma preventiva de la violencia social, la cual se instala fácilmente donde se está privado de escenarios educativos o donde se descuida la formación de las comunidades:

La propaganda de la violencia tiene más amargos resultados en comarcas donde la ilustración del pueblo está más descuidada. La ignorancia y la miseria son los peores consejeros del ser humano (citado por Giraldo y Hurtado, 2007: 73).

Para no hacer muy exhaustiva y, posiblemente, reiterativa, la referencia a su interés y compromiso con la educación, terminamos diciendo que su obra entera, antes que asumirse como un catálogo de enseñanzas moralizantes, se constituye en un permanente enunciado de advertencias, análisis y críticas sobre los vacíos que comporta la educación en Colombia, y sobre los insumos intelectuales, éticos y políticos que reclama la formación de los maestros.

Referencias bibliográficas

Cobo Borda, Juan Gustavo, 1989, “Prólogo”, en: Baldomero Sanín Cano, *El oficio del lector*, Caracas, Ayacucho.

Giraldo S., Juan L. y Rubén Hurtado, 2007, *El pensamiento pedagógico en la obra de Baldomero Sanín Cano*, Medellín, Aula abierta, colección educativa núm. 14, Universidad de Antioquia.

Meirieu, Philippe, 2010, "Una preocupación que no tiene por qué ruborizarnos: la disciplina en clase", en: *Carta a un joven profesor*, Barcelona, Grao.

Morales Benítez, Otto, 2002, "Presentación", en: Baldomero Sanín Cano, *Ideología y cultura*, Bogotá, Universidad Externado de Colombia, vol. 1, tomo 1: Editoriales de *El tiempo*, 22 de febrero de 1927 a 20 de diciembre de 1931.

Sanín Cano, Baldomero, 2002, *Ideología y cultura*, Bogotá, Universidad Externado de Colombia.

Referencia

Giraldo S., Juan Leonel y Rubén Darío Hurtado V., "Baldomero Sanín Cano, en sus 150 años", *Revista Educación y Pedagogía*, Medellín, Universidad de Antioquia, Facultad de Educación, vol. 23, núm. 61, septiembre-diciembre, 2011, pp. 231-235.

Original recibido: septiembre de 2011

Aceptado: octubre de 2011

Se autoriza la reproducción del artículo citando la fuente y los créditos de los autores.
